



(14) pie de foto





Una buena razón para seguir matando

TEXTO: Fernando Sáez Aldana

FOTOGRAFÍA: Servicio de Audiovisuales de la Comunidad Autónoma de La Rioja

Pudiera llamarse Nicomedes, o Valeriano. O Faustino. Nombres de antes para un hombrín de pueblo de los de antes: boina descaída, tez coriácea, pana ahumada, espalda hecha polvo y manos sarmentosas: los estragos del campo. Pero se nos antoja Román, como el santo que da su nombre a un pueblo del valle.

El viejo es viudo, seguro, y aunque los hijos han acabado marchándose del pueblo en busca de comodidades y un futuro mejor, él sigue arraigado en el lugar que conserva las señas de identidad de su existencia y la de generaciones de antepasados: el campanario, el castaño de la plazuela, el abrevadero, el canto del gallo, los carámbanos... y el hogar. A ratos fogón, estufa, secador, cuarto de estar o quemadero, el hogar es el alma del viejo caserón serrano donde el señor Román se empecina en sobrevivir.

La vivienda que preside apenas difiere de la medieval. Grandes dimensiones, proporcionadas a una antigua pobreza inmensa. Paredes encaladas invadidas por la humedad y sin adornos pues todos los objetos y utensilios poseen una función, siempre dirigida a la supervivencia: los jarros, el calentador, la rasera, una ristra de ajos y una sarta de pimientos sustituyen a la inexistente decoración. Ni rastro de electricidad. Y, fruto de un atávico afán de subsistencia, sobre la chimenea y al otro lado de las jambas sin puerta pende del techo suficiente embutido para alimentar todo el año a los cuatro vecinos que quedan en el lugar. Pero Román cree que sus legendarios chorizos son la principal razón por la que los hijos y los nietos continúan subiendo a verlo algún domingo. Y esa es una buena razón para seguir matando. Para seguir viviendo.

